

**La consideración del hombre: el *Libro segundo del perfecto príncipe cristiano* de Francisco de Monzón, un espejo de príncipes humanista<sup>1</sup>**

Carlota Fernández Travieso  
Universidade da Coruña

El *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano* es la segunda parte de un tratado de educación de príncipes que se creía incompleto hasta que en 1991 la profesora María de Lurdes Correia Fernandes publicó un artículo en el que daba a conocer la existencia de un manuscrito custodiado en el Archivo Nacional da Torre do Tombo de Lisboa que contenía la continuación de esta obra.<sup>2</sup> El *Libro segundo*, cuya redacción debió terminarse antes de mayo de 1539,<sup>3</sup> tiene entre otras particularidades la de imitar a las misceláneas tan en boga en su tiempo, y así, al hilo de las reflexiones entorno al príncipe y los demás miembros de la república perfecta, va desgranando todo tipo de temas de interés general e incorporando infinidad de *exempla*, citas, proverbios... que dan muestra de la amplia erudición de su autor, Francisco de Monzón.<sup>4</sup> Entre las numerosas fuentes mencionadas en nota marginal por este escritor a lo largo de su *Libro segundo*, figura también el *De Miseria Humanae Conditionis* de Lotario de Segni, el papa Inocencio III. Esta obra, que invitaba a la reflexión sobre la vileza de naturaleza humana como medio para combatir la soberbia y reformar las

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación financiado por el Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica (I + D), Ministerio de Economía y Competitividad, Gobierno de España: «Biblioteca Digital Siglo de Oro IV», código FFI2012-34362 (subprograma FILO).

<sup>2</sup> La edición y estudio de este texto ha sido el objeto de mi tesis doctoral (Fernández Travieso, 2009), cuya publicación es inminente. El texto es continuación del *Libro primero del espejo del perfecto príncipe cristiano* del que se conocen tres versiones, la contenida en el manuscrito autógrafa custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid, la editada en 1544 y la editada en 1571.

<sup>3</sup> Esta segunda parte debió terminarse antes del 1 de mayo de 1539, fecha en que falleció la emperatriz Isabel, pues Monzón la menciona en la última página de la obra utilizando el presente de indicativo, lo que nos lleva a pensar que aún vivía cuando nuestro autor redactó estas líneas: “Si alguno fuere ciego podrá aprender algunas artes liberales para enseñar a otros, como hace un catedrático de Salamanca que es ciego de nacimiento, o podranle enseñar a tañer, en el cual oficio suelen ser muy perfectos, según que es un tañedor que tiene la emperatriz que es de los mayores que se sabe en la cristiandad”. El catedrático de la universidad de Salamanca del que nos habla Monzón podría ser Fernando de Arce (c. 1500 - antes de 1553) (Arce) y el músico, tal vez, Antonio de Cabezón (1510-66), famoso organista y compositor de la corte de Carlos V (Roig-Francolí).

<sup>4</sup> Francisco de Monzón (finales del siglo XV o principios del XVI – Lisboa, 1575), fue, como reza el primero de los prólogos de la obra mencionada, catedrático de la Universidad de Coímbra y capellán del rey don Juan III de Portugal. Sabemos que se había formado en la Universidad de Alcalá y que llegó a Portugal por recomendación de la emperatriz Isabel, a la que pudo haber conocido siendo predicador en la corte de Carlos V. Una vez allí pasó de la Universidad de Lisboa a la de Coímbra, como catedrático de Teología (Álvarez de Baena vol. 2, 97-98) (Antonio vol. 1, 450) (Brandão vol. 2, pp. 109-10) (Buescu 104-05) (Cerejeira vol 1, 115) (Civil 13-14) (Dias, 1960, vol. I, 357, 574-77) (Dias 1969, 669-75) (Dias 1975, 32-33 y 245-47) (Díaz Díaz vol. 5, 632) (Ferreira vol. 1, 29 y 472-80) (Fradejas 5-9) (Pimenta 248-49) (Rodrigues 47-49. Y 65-72).

costumbres de los cristianos, fue considerada como uno de los más notables ejemplos de la visión pesimista del hombre propia del pensamiento medieval, tanto que autores renacentistas como Francesco Petrarca, Bartolomeo Fazio o Gianozzo Manetti sintieron la necesidad de responder a su Santidad afirmando “la dignidad del hombre” (Vega),<sup>5</sup> un concepto que posteriormente defendieron también, con argumentos teológicos y escolásticos, Marsilio Ficino o Giovanni Pico della Mirandola y que fue adquiriendo mayor énfasis durante los siglos XV y XVI (Kristeller 1979, 169-70).<sup>6</sup>

En el capítulo XXVII de su *Libro segundo*, Monzón aprovecha la idea de que por avaricia de los hombres se pierde la justicia y, en particular, las acusaciones que Inocencio III lanza en el capítulo IV del libro II:

Vos enim non attenditis merita causarum, sed merita personarum, non iura, sed munera, non iustitiam, sed pecuniam, non quod ratio dictat, sed quod voluntas affectat, non quid lex sanciat, sed quid mens cupiat (65).

que parafrasea y aplica a los abogados:

Adonde el dinero vence, adonde el dinero reina y adonde el dinero manda y rige es entre los abogados, porque no miran los merecimientos de las personas, sino a sus dones; no tienen en cuenta sus derechos, sino los dineros; no consideran la justicia, sino la pecunia; no siguen lo que manda la razón, sino lo que les inclina el apetito; no hacen lo que deben, sino lo que quieren.

Francisco Monzón utiliza esta cita para apoyar la diatriba que realiza contra los abogados, a los que, sin embargo, luego defiende, ya que, si nuestro autor critica a esta profesión, es para, igual que hace con otras, rehabilitarla después más vehementemente. Como él mismo dice en el segundo de los prólogos, en su obra actúa como “los sabios plateros que ponen un poco de barro encima del oro para que después, echado en el crisol y apurado en la fragua, salga más fino y resplandeciente”; Monzón realmente cree que todos los oficios, incluido el de abogado, son necesarios para el bien de la república. Así pues, en el capítulo XXVII, Monzón no está refiriendo su consideración de esta profesión, si no que está hablando, como reza el título de este capítulo, “de los vicios que algunos maldicientes (entre los que figuran Inocencio III) ponen en los causídicos y abogados”.

La apreciación que nuestro autor hace de Lotario de Segni podría ser un indicio de que era contrario a las tesis del *De Miseria Humanae Conditionis*, que al parecer

<sup>5</sup> Petrarca y Fazio defendieron la dignidad del hombre aunque sin negar que también existen aspectos negativos, mientras que Manetti trató de confutar plenamente los argumentos de Inocencio III.

<sup>6</sup> Si bien todos los pensadores renacentistas no estaban de acuerdo con el concepto de la *dignitas hominis*, lo cierto es que durante este periodo el énfasis en él fue, haciéndose más persistente, exclusivo y sistemático de lo que nunca antes había sido, incluso en la Antigüedad clásica.

conocía. Nuestro objetivo será, pues, confirmar esta hipótesis y determinar la cercanía o no de Monzón a los principios humanistas, para ello debemos analizar atentamente las palabras de Monzón, que si bien no trata sistemáticamente el tema de la dignidad del hombre –la obra es un tratado de educación de príncipes,<sup>7</sup> no un texto dedicado a esta cuestión– sí parece aludir a este asunto en varias ocasiones.

En el segundo de los prólogos, el “Prólogo a los lectores adonde el autor demuestra cuáles son los verdaderos bienes que han de desear, moviéndolos a la lección de esta obra”, Monzón exalta la sabiduría como único bien verdadero, pues intenta convencer al rey Juan III de Portugal –principal destinatario de la obra– y a los demás posibles lectores de la conveniencia de poseerla para lograr la república perfecta. Entre los falsos bienes que Monzón desecha, principalmente por depender de la Fortuna y no acompañar siempre a su poseedor en caso de necesidad, están las “gracias corporales”, como correr, saltar, nadar, luchar... Al hablar de ellas, Monzón rechaza tajantemente que los hombres tengan mejor consideración de sí mismos por poseerlas, pues al hacerlo se estarían comparando con los animales, que además en cualquier aspecto físico superan siempre al ser humano. Dice Monzón:

Ni menos se deben preciar que las poseen aquellos que tienen algunas gracias corporales. ¿Que quién se preciará, siendo hombre racional, de poseer alguna cosa en la cual los brutos animales le hagan ventaja? No se hallará fuerza ni gracia corporal en un hombre en que no le exceda alguna animalia bruta, según demostró un sabio de la Grecia por esta ficción, diciendo que si Júpiter quisiese que todos los animales racionales y brutos viviesen pacíficamente en comunidad y concordia y que un mismo pregonero los llamase que viniesen juntos a las fiestas olímpicas, adonde todos se ejercitasen en fuerzas y gracias corporales como correr, saltar, luchar, esgremir, voltear, nadar y en todos los otros ejercicios corporales que allí se acostumbraban hacer o que se podían ejercitar por los hombres, y que en estas fiestas los palios y coronas fuesen propuestas igualmente a

---

<sup>7</sup> Como es sabido, la aparición de la palabra “espejo” en el título de esta obra es común a muchos de los títulos de tratados que, frecuentemente, son agrupados, por ello, bajo el marbete «Espejos de príncipes». Con esta palabra se pretende recalcar la función de estas obras como lugar en el que el príncipe al que se destina el texto debe mirarse y reconocerse, pues en ellas se presenta un modelo ideal de monarca. También se alude a este género surgido en la alta Edad Media y cultivado con cierta solución de continuidad (salvando las diferencias entre los distintos periodos históricos) hasta el siglo XVII con los marbetes «Libros de regimiento» o «de instrucción de príncipes», «Tratados de educación de príncipes»... Ese rey ideal conducirá adecuadamente a su reino hacia la bienaventuranza, en gran medida gracias al modelo virtuoso que, a su vez, este príncipe supone para sus súbditos. El origen divino del poder, el bien común como finalidad de la sociedad civil, la monarquía como mejor forma de gobierno entre las existentes, el príncipe como representante de Dios en la tierra, la visión organicista de la sociedad, etc. son otros de los *topoi* que se fueron incorporando al canon del género. Sobre los temas tratados en los «espejos de príncipes» en el Siglo de Oro, período de nuestro interés ha trabajado Galino Carrillo. Sobre su origen y desarrollo en España y Portugal he consultado entre otros Cantariño Suárez, Palacios Martín, Pérez Priego, Rucquoi y Soares.

los hombres y a los brutos, ninguna corona vencería ningún hombre, sino en todas serían vencedores los brutos. Porque si estuviere propuesto un palio para quien corriese mejor en una carrera larga, cierto que ningún hombre sería tan ligero ni podría aturar tanto que un caballo no le llevase muy grande ventaja con su ligereza; y aun si el espacio por donde se hobiese de correr fuese corto, ganaría la corona al hombre la liebre; y si se propusiese quién mejor corriese por breñas y peñascos, vencería una cabra, porque no hay hombre que pueda andar despacio por adonde ella anda saltando y corriendo. Si estuviere propuesto el palio para que le ganase el más fuerte ¿qué fuerzas de Milón o de Hércules se podrán comparar con las del león o del elefante? Si fuese el apuesta a luchar ¿qué hombre hay tan mañoso a quien no derrueque un oso? Si la contienda fuese a esgremir ¿qué hombre tan diestro hay a quien el toro no alcance a herir con sus agudos cuernos? Y es tanta la falta de los hombres, que si apostasen a tirar coces, un asno les haría ventaja, según se escribe que hizo en pancracio a ciertos varones. Bien es de creer que el palio del saltar nadie se le llevase a la onza, ni habría hombre tan atrevido que con un perro se atreviese a nadar. Si por ventura los hombres que se precian de músicos presumiesen de llevar el palio, es cierto que nunca su música allegaría a la suave melodía de los ruiseñores, calandrias y jilgueritos y de las aves a quien enseñó la naturaleza.

De estas palabras se deduce que Monzón propugna la separación de los “animales racionales”, con capacidad de raciocinio, esto es el ser humano, del resto de los animales o brutos, pues, como veremos, el hombre, aunque vencido en el terreno físico, si se decide a buscar la sabiduría, es superior a las otras criaturas. Para adquirir el único bien verdadero, la sabiduría, Monzón explica que todos los miembros de la república, incluido el príncipe, deben “ser discípulos de Mercurio y estudiar en la escuela de la Filosofía”. Una escuela alegórica que describe del siguiente modo:

Mercurio [...] tenía tres escuelas adonde aprendían todos los sabios e ilustres personas. En una clase estaban apartados por sí médicos y geómetros, aritméticos, astrólogos, filósofos, médicos y gramáticos y todos los sabios que se dieron a la especulación de las artes liberales. En otra clase aprendían los pintores, estatuarios, escribanos, carpinteros, albañires y todos los artífices prácticos y mecánicos. Estaba una sala alta deferenciada destas, adonde estudiaban los religiosos y sabios que se dieron a la vida contemplativa y que sólo quisieron entender en la contemplación de Dios y de las causas altísimas y misterios divinales. En esta escuela viven todos alegres y contentos por conocerse que son sabios y que tienen la vida segura con una seguridad honrada, contemplando que

exceden a los brutos animales y a los hombres brutales y a todos aquellos que siguieron el bando de la Fortuna.

Así pues, según Monzón los hombres sabios son aquellos que aprenden a desempeñar correctamente un oficio acorde con su condición y estado. Sabiduría y trabajo quedan, así, profundamente ligados. Gracias a esta unión, la sabiduría resulta realizada, puesto que el *Libro segundo* constituye uno de los más vehementes discursos a favor del trabajo y en contra del ocio de la literatura del Siglo de Oro: en este texto, Monzón se dedica principalmente a recorrer toda la pirámide social, del rey al agricultor, exponiendo cuáles son las condiciones para desempeñar bien (ya desde un punto de vista moral, ya técnico) las distintas profesiones y cargos que son necesarios para formar una república perfecta; como se declara en el capítulo LXVI y final, el *Libro segundo* tiene precisamente como objetivo convencer a los príncipes de que pongan “grande cuidado y diligencia en hacer que todas las personas de sus reinos y señoríos ejerciten y usen alguno de los cargos y oficios de que se ha hecho mención en este libro”.<sup>8</sup> La consecución de la república perfecta depende, pues, de que sus miembros escojan la sabiduría y el trabajo, de ello depende también el lugar del hombre en la creación y su felicidad: los que estudian en la escuela de Mercurio “viven todos alegres y contentos” porque se saben superiores a los “brutos animales” y los “hombres brutales”, aquellos que prefirieron bienes de fortuna (la riqueza, la hermosura, la nobleza de linaje...) en vez de la sabiduría y el trabajo. El alcanzar una dignidad superior a la de los seres irracionales y la consecuente felicidad que de ello deriva es, pues, la recompensa de los discípulos de Mercurio, uno de los principales argumentos de la obra para inclinar al hombre hacia la sabiduría y el trabajo.

Es importante destacar que Monzón distingue entre “hombres racionales” y “hombres brutales” y el hecho de que nuestro autor trate de convencer a sus lectores de que opten por la sabiduría y la el trabajo, pues ello implica que el hombre puede escoger elevarse por encima de los animales como ser racional o permanecer como ser brutal. Al presuponer esta libertad, Monzón coincide con autores como Pico della Mirandola (Kristeller 1972).

Según Monzón todos los hombres, incluso los de bajo suelo, pueden aspirar a elevarse por medio de la sabiduría, que junto con la virtud son las dos principales de fuentes de nobleza:

los hombres bajos pueden alcanzar la nobleza por su sabiduría y virtud, los cuales son como tierras nuevas que estaban espinosas e infructíferas por el bajo linaje de adonde descendían, mas si se rompen y labran con el arado de su virtud, bien podrán dar frutos maravillosos. (capítulo XXXIII)

---

<sup>8</sup> La diatriba contra el ocio, padre de todos los vicios, y la exaltación del trabajo, se convirtió en un tema recurrente durante el Siglo de Oro. Como es sabido, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro o Luis Vives, por ejemplo, habían tratado ya este tópico.

Ya en el segundo de los prólogos Monzón desechaba la nobleza de linaje como bien verdadero. Nuestro autor es más partidario de la nobleza propia que de la heredada:

también afirmamos que pueden los hombres de bajo suelo obrar virtudes y alcanzar ciencias y subir a poseer la verdadera nobleza (que consiste en la posesión de la virtud) que entonces la tienen los hombres de su cosecha, y los que la tienen de linaje no la poseen sino como emprestada y ajena (capítulo XXXIII)

Monzón nos habla pues de una nobleza a la que pueden aspirar todos los hombres, una nobleza que pertenece al ser humano en general y no a una élite concreta.

Para dignificar al hombre, Monzón no trata en ningún momento de la inmortalidad del alma, se centra en el aquí y ahora. Parece, pues, que la dignidad de la que este autor nos habla es intrínseca a la vida del hombre, no una realidad ulterior. Es especialmente remarcable que, al hablar del deseo de alcanzar fama y gloria terrenal, nuestro escritor olvida supeditar esta aspiración a la superior búsqueda de la vida eterna, a la gloria celestial, lo que sin embargo sí hacía su fuente, San Agustín. Esto sucede en el capítulo XXIX del *Libro primero del espejo del príncipe cristiano*, defendiendo la importancia de que el maestro del príncipe le infunda el deseo de alcanzar la fama y la gloria. Aquí Monzón propone como ejemplo a los romanos, que, impulsados por este deseo y considerando que alcanzar la fama y la gloria era el mejor premio posible, acometieron grandes hazañas que les llevaron a obtener su imperio. Estas ideas dieron pie a las críticas de sus contemporáneos, pues tras ese aparente desliz al citar a San Agustín, se escondía la postura de nuestro autor entorno a un debate abierto por Maquiavelo sobre la religión de los romanos (Mancosu 62-68). En el *Libro segundo*, en los capítulos XXXV y XXXVI, Monzón va más allá convirtiendo ese deseo de fama y gloria que, en realidad, poseen todos los hombres en un poderoso instrumento para el príncipe: a través de los distintos tipos de honores que el rey puede otorgar (escudos de armas, estatuas públicas, triunfos a la romana...) puede elevar a sus súbditos y hacerles alcanzar la fama y la gloria; si premia con estas honras únicamente las obras virtuosas y la sabiduría de sus vasallos, podrá inclinarles a realizar buenas acciones y ser sabios. Monzón, que quizá influenciado aquí por Maquiavelo expresa juicios desvinculados de la moral cristiana, hace lícito este deseo de fama y gloria terrenal, contemplando, así, una posibilidad de realización del ser humano independiente de su vida ultraterrena.

En los Espejos de príncipes, esta posibilidad de realización, de alcanzar la felicidad, suele ir de la mano de la convivencia en sociedad. Dice nuestro autor:

consideraron los hombres que eran animales sociables y que el hombre solo es dios o bestia (según decía Aristóteles) y determinaron de vivir en compañía, tanto por su contentamiento y placer como por la necesidad que unos de otros tenían, como sabiamente juzgaba Arquita Tarentino diciendo

que, si un hombre solo se subiese al cielo y allí contemplase los movimientos de las esferas celestiales y considerase la orden de los cielos y mirase la hermosura de las estrellas y desde allí conociese las diferencias y propiedades de todas las cosas criadas, no recibiría contentamiento alguno por carecer de agradable compañía con quien comunicase el contentamiento que causaba la vista de aquellas cosas celestiales (capítulo I).

Por su necesidad de comunicación, el hombre, que no es dios (un ser pleno por sí mismo), ni bestia (un ser sin capacidad de raciocinio), sólo puede ser feliz en comunidad. De esta necesidad de vivir en sociedad, deriva a su vez la necesidad de gobierno, cuya mejor forma es, según Monzón, la monarquía hereditaria. La justificación de esa necesidad de regimiento, que es uno de los puntos clave de los tratados de educación de príncipes, se argumenta, pues, basándose en la condición de ser racional del hombre y en su exigencia de que para alcanzar la felicidad debe dar cuenta de esa capacidad de raciocinio a través del habla. De este fragmento se deduce, además, la importancia de la palabra para el hombre. Como es sabido, ésta es para los humanistas el instrumento a través del que se manifiesta la razón; a través de ella el hombre se muestra superior a los animales (Rico 900-01).

Por último, quiero destacar que en el *Libro segundo* reciben también gran atención las artes mecánicas, que Monzón considera necesarias para la consecución de la perfecta república. Fruto del ingenio del hombre, la exaltación de las artes mecánicas y la capacidad de inventar instrumentos era también un tópico en la rehabilitación de la dignidad humana, que se hallaba ya en el *De opificio hominis* de Lactancio, de él que se sirvieron autores como Manetti (Vega 8). Nuestro autor expresa su admiración por la creación de la rueca, el huso, los batanes, la seda o el jabón; los ladrillos, el cepillo, el escoplo, el plomo o la regla; alaba la invención de la imprenta y trata, por primera vez en un *Espejo de príncipes*, de orífices, lapidarios, plateros, metaleros, zahorís, alquimistas, herreros, pintores, estatuarios, imagineros, impresores, tejedores, sastres, albañiles, etc. (Capítulos LV-LXIV).

En conclusión, aunque el *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano* no se dedica sistemáticamente a tratar la consideración del ser humano, su autor da en él muestras de haber interiorizado gran parte de los tópicos con los que los humanistas pretendía rehabilitar la dignidad del hombre, llegando, incluso, a convertir algunos de esos tópicos en argumentos para defender los objetivos que este *Espejo de príncipes* persigue: convencer al príncipe de la necesidad de que todos sus vasallos tengan algún trabajo, hacer que el príncipe utilice en favor del bien común el deseo de fama y gloria de sus súbditos o reafirmar la monarquía hereditaria como mejor forma de gobierno.

A través de las múltiples anécdotas, citas y curiosidades que el *Libro segundo* incorpora, Francisco de Monzón demuestra su empeño por recuperar y difundir las fuentes clásicas, que gracias a la invención de la imprenta y la labor filológica humanista se habían redescubierto y puesto de moda. No hay que olvidar que hasta

entonces muy pocos escritores habían podido citar a los autores de la Antigüedad por la lectura directa.<sup>9</sup> Monzón se hace eco de esta renovación intelectual acercando su *Espejo de príncipes* al género misceláneo, en el que su autor toma conciencia del papel de intermediario, seleccionado e interpretando lo más válido de ese amplio bagaje cultural para los lectores comunes (Rallo Gruss 59-90). El *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano* de Francisco de Monzón es, pues, en lo formal uno de los pocos espejos de príncipes humanistas escritos en español.<sup>10</sup> Gracias al análisis aquí realizado, constatamos que también lo es en cuanto a sus ideas: por la exaltación de la sabiduría, la afirmación de la superioridad del hombre frente a los animales, la posibilidad de una felicidad y gloria terrenal o la oportunidad de movilidad social que en él se apuntan... ideas con las que Francisco de Monzón se aleja claramente del *De miseria humanae conditiones* al que hacíamos referencia páginas atrás.

---

<sup>9</sup> Isaías Lerner (492), hablando de Pero Mexía, coetáneo de Monzón, nos explica en qué consistía esta renovación cultural. He estudiado con gran detalle la erudición de Monzón en el *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano* (Fernández Travieso 2010).

<sup>10</sup> La influencia de la Contrarreforma y la necesidad de rebatir las tesis de Maquiavelo, hicieron desvanecerse súbitamente el ideal ético-pedagógico ausente de desconfianzas, presente en el *Libro segundo*. Para los «Espejos de príncipes» post-tridentinos, el principal objetivo ya no era ofrecer una instrucción moral, sino potenciar la capacidad autocrítica de la sociedad y agudizar su sentido práctico de prudencia, una virtud que se fue cargando de connotaciones de precaución, reserva, sigilo y disimulación (Soares 186-87) (Díaz Martínez 35). Según Díaz Martínez (27-34), el *Espejo del príncipe cristiano* de Monzón puede alinearse únicamente junto a el *Libro áureo de Marco Aurelio* que Fray Antonio de Guevara dirige a Carlos V en 1527 o *Institución de un rey cristiano...* que Felipe de la Torre dedica al recién entronizado Felipe II en 1556. En Portugal, durante el reinado de Juan III los espejos de príncipes proliferan, pero sólo dos, el de Monzón y el *Da criação dos príncipes* de Antonio Pinheiro, redactado hacia 1545 y dedicada al príncipe Juan, diseñan un verdadero itinerario pedagógico. De esta última obra nos ha llegado tan sólo un fragmento (Tocco 536-37).



## Obras citadas

- Álvarez de Baena, José Antonio. *Hijos Ilustres de Madrid en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico por el orden alfabético de sus nombres*. Madrid: Benito Cano, 1789.
- Antonio, Nicolás. *Biblioteca hispana nova*. Madrid: Ibarra, 1783-88.
- Arce, Fernando de. Intro., ed. trad. anotada e índices Antonio Serrano Cueto, pról. J. M. Maestre Maestre. *Adagios y fábulas*. Alcañiz: Instituto de Estudios Humanísticos, 2002.
- Brandão, Mário. *Documentos de João III*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1937-41.
- Buescu, Ana Isabel. *Imagens do príncipe. Discurso normativo y representação (1525-49)*. Lisboa: Cosmos, 1996.
- Cantarino Suñer, Elena. “Tratadistas político-morales de los siglos XVI y XVII (apuntes sobre el estado actual de la investigación).” *El Basilisco* 21 (1996): 4-7.
- Cereijera, Manuel Gonçalves. *O Renascimento em Portugal*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1974.
- Civil, Pierre. *Image et dévotion dans l’Espagne du XVIe siècle: Le traité Norte de Ydiotas de Francisco de Monzón (1563)*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1996.
- Dias, José Sebastião da Silva. *Correntes do Sentimento Religioso em Portugal*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1960.
- . *A Política Cultural na Época de D. João III*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1969.
- . *O Erasmismo e a Inquisição em Portugal: O processo da Valentim da Luz*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1975.
- Díaz Díaz, Gonzalo. *Hombres y documentos de la filosofía española*. Vol. 5. Madrid: CSIC, 1995.
- Díaz Martínez, Eva María. “Introducción.” Francisco de Quevedo. *Discurso de las privanzas*. Pamplona: Eunsa, 2000. 13-166.
- Fernandes, Maria de Lurdes Correia. “Francisco de Monzón, capelão e pregador de D. João III e de D. Sebastião.” *Lusitania Sacra* 3 (1991): 39-70.
- Fernández Travieso, Carlota. ‘Edición y estudio del Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano de Francisco de Monzón.’ Tesis Doctoral, Universidade da Coruña, 2009.
- . “La Erudición de Francisco de Monzón en *Libro Segundo del Espejo del Perfecto Príncipe Cristiano*.” *Bulletin of Hispanic Studies* 87.7 (2010): 743-53.
- Ferreira, Francisco Leitão. [2ª edición, revisada y ampliada por Joaquim de Carvalho]. *Noticias chronologicas da Universidade de Coimbra*. Coimbra: Universidade de Coimbra, 1938.

- Fradejas, José. *Francisco de Monzón. Ciclo de conferencias: El Madrid de Felipe II. N° 4*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1998.
- Galino Carrillo, María Ángeles. *Los tratados sobre educación de príncipes (siglos XVI-XVII)*. Madrid: CSIC, 1948.
- Innotentii III. *De contemptu mundi sive de miseria humanae conditionis libri tres*. Bonnae: Johann Heinrich Achterfeld / Eduardum Weber, 1855. <http://www.archive.org/stream/decontemptumund00achtgoog#page/n4/mode/2up>.
- Kristeller, Paul Oskar. *The Renaissance concept of the man, and other essays*. New York: Harper & Row, 1972.
- Kristeller, Paul Oskar. *Renaissance Thought and Its Sources*. New York: Columbia University Press, 1979.
- Lerner, Isaías. "Poética de la cita en la Silva de Pero Mexía: Las fuentes clásicas." En Antonio Vilanova, ed. *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona 21-26 de agosto de 1989*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992. 1, 491-500. [http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih\\_10\\_1\\_056.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih_10_1_056.pdf).
- Marcocci, Giuseppe. "Machiavelli, la religione dei romani e l'impero portoghese." *Storica. rivista quadrimestrale* 41-42 (2008): 35-68.
- Monzón, Francisco de. *Libro primero del espejo del príncipe cristiano, que trata cómo se ha de criar un príncipe o niño generoso desde su tierna niñez, con todos los ejercicios y virtudes que le convienen hasta ser perfecto varón; contiene muy singulares doctrinas morales y apacibles*. Lisboa: Luis Rodrigues, 1544.
- Monzón, Francisco de. *Libro primero del espejo del príncipe cristiano, donde se trata de la criança de un príncipe perfecto*. Ms. 8547. Biblioteca Nacional de España, Madrid.
- Monzón, Francisco de. *Libro primero del Espejo del príncipe cristiano, compuesto y nuevamente revisto y muy enmendado, con nueva composición y mucha adición por el Doctor Francisco de Monçón, cuya lección es muy provechosa a todo género de personas discretas, aunque sean predicadores o cortesanos por la muchas y sabias sentencias y muy famosos e ilustres ejemplos que se ponen*. Lisboa: Antonio Gonçalves, 1571.
- Monzón, Francisco de. *Libro segundo del espejo del perfecto príncipe cristiano*. Ms. de Livraría 618. Arquivo Nacional da Torre do Tombo, Lisboa.
- Palacios Martín, Bonifacio. "El mundo de las ideas políticas en los tratados doctrinales españoles: los espejos de príncipes (1250-1350)." *Actas de Europa en los umbrales de la crisis (1250-1350). XXI Semana de estudios medievales de Estella*. Pamplona: Gobierno de Navarra / Departamento de Educación y Cultura, 1995. 463-64.
- Pérez Priego, Miguel Ángel. "Sobre la configuración literaria de los espejos de príncipes en el siglo XV castellano." En Lía Noemí Uriarte Rebaudi, ed. *Studia*

- Medievalia III. Actas de las IV jornadas internacionales de Literatura española medieval. Agosto 19-20, 1993. Buenos Aires, Argentina.* Buenos Aires: Universidad Católica de Argentina, 1993. 137-50.
- Pimenta, Alfredo. *Don João III*. Porto: Livraria Tavares Martins, 1936.
- Rallo Gruss, Asunción. *La prosa didáctica en el siglo XVI*. Madrid: Taurus, 1987.
- Rico, Francisco. "Laudes litterarum: Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento." En Antonio Carreira, Jesús Antonio Cid, Manuel Gutiérrez Esteve, & Rogelio Rubio, eds. *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1986. 896-914.
- Rodrigues, Manuel Augusto. *A Cátedra de Sagrada Escritura na Universidade de Coimbra*. Coímbra: Universidade de Coimbra, 1971.
- Roig- Francolí, Miguel Ángel. "Semblanza de Antonio de Cabezón." *Revista de la Fundación Juan March* 393 (2010): 3-7.
- Rucquoi, Adelina y Hugo Bizarri. "Los Espejos de Príncipes en Castilla: entre Oriente y Occidente." *Cuadernos de Historia de España* 79.1 (2005): 7-30. [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S0325-11952005000100001&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S0325-11952005000100001&script=sci_arttext).
- Soares, Nair Nazaré Castro. *O príncipe ideal no século XVI e a obra de Jerónimo de Osório*. Coímbra: Instituto Nacional de Investigación Científica, 1994.
- Tocco, Valeria. "Gli specula principis nel Portogallo delle scoperte." En Luisa Secchi Tarugi, ed. *Cultura e potere nel rinascimento. Tai del IX convegno internazionale (Chianciano-Pienza, 21 luglio 1997)*. Florencia: Franco Cesati, 1999. 531-41.
- Vega, María José. "Miseria y dignidad del hombre en el Renacimiento: de Petrarca a Pérez de Oliva." *Ínsula: revista de Letras y Ciencias Humanas* 674 (2003): 6-9.